

Algunas reflexiones críticas en torno a una encrucijada histórica¹

André Tosei

La globalización es un fenómeno constituido históricamente, una etapa en el proceso por el cual el capitalismo se vuelve mundial. No es posible reducirlo a una mera conexión entre mercados nacionales. A nivel económico, significa la creación de un mercado realmente mundial, desegmentado y descompartmentalizado, que transmite bienes, servicios, factores de producción del capital, personas, ideas y valores. Implica una pérdida de centralidad de los mercados nacionales, que dejan de ser las unidades económicas representativas, y en contrapartida supone la construcción de un nuevo espacio en el que las empresas transnacionales reconfiguran esos mismos mercados nacionales. La regulación comercial se hace transversal e impone un mismo sistema capitalista financiero en todos los puntos del mapa; pero esta homogeneidad se afirma desde en el marco de un sistema jerárquico diferenciado. Los grandes países que han emergido de lo que se llamó el Tercer Mundo –los BRICs, es decir, Brasil, Rusia, India y China– entran en un escenario en el cual la riqueza está inequitativamente distribuida. Las desigualdades entre países aumentan debido a sus diferenciales de crecimiento y sus potencialidades demográficas.

Es necesario explicar esta relación de identidad entre la globalización y el modo de producción capitalista.

¿Qué es lo que está siendo globalizado? ¿Cuál es el factor que empuja hacia la globalización? *Hay dos respuestas posibles.* La primera, siguiendo a Marx, se centra en el modo de producción capitalista y señala dicho modo de producción como históricamente específico, fundado en la apropiación de plusvalor y en la explotación del trabajo vivo por trabajo abstracto dirigida por el capital. Este enfoque ha sido y sigue siendo discutido por importantes sociólogos alemanes, como Weber y Simmel, o por economistas neoliberales como Hayek. Desde el punto de vista de estos últimos, la explotación del trabajo, la expropiación de todo control sobre el trabajo a costa de los trabajadores, constituyen una condición de racionalidad; y el capitalismo mundial no es una imagen de la razón a secas, sino de una racionalidad instrumental absolutamente necesaria. Desde el punto de vista de Marx y sus discípulos, y también de los teóricos del sistema-mundo y de la economía mundial como Immanuel Wallerstein, Samir Amin o Giovanni Arrighi, este tipo de racionalidad es parcial y superficial; contiene en sí un elemento irracional que se manifiesta en las crisis y en las diversas disfuncionalidades que acompañan el proceso de globalización del sistema. En contraste, para los sociólogos y los neoliberales estas crisis son normales y esperables; son funcionales en el sentido de que estructuran el dinamismo del sistema y lo ayudan a evolucionar hacia el crecimiento infinito del capital. En el primer caso, la globalización significa la globalización de un modo de producción específico caracterizado por una racionalidad provisional pero condenado en el fondo a la autodestrucción si no aparece un alivio social. En el segundo, la globalización es el

¹ Tosei, André. "Critical Reflections on a Historic Crossroads". *Transform! European Journal for Alternative Thinking and Political Dialogue*, n° 13 ("Europe: There Is Another Way"), 2013. Traducción: Andrés E. Oliva. Revisión técnica: Pedro Karczmarczyk.

punto culminante de un sistema fundado en una economía racional e irremplazable.

Optamos por seguir el primer enfoque, y contamos con que su potencial heurístico justifique al final nuestra elección, al no poder incurrir ahora en una discusión más profunda. Se trata de un presupuesto que reconocemos como tal. *Optamos por el enfoque marxista revisado y corregido por la teoría del sistema-mundo*, cuyo fundador, dicho sea de paso, fue pensador no-marxista como Fernand Braudel. Nos situamos también en el marco de la problemática pos-marxista de Wallerstein. Lo que se está globalizando a sí mismo, entonces, es el modo de producción capitalista, a través de su imperativo categórico de incrementar el margen de ganancia y su actual impulso financiero en pos del crecimiento infinito del dinero.

Un poco de metodología: el sistema cuaternario de relaciones estructurales del sistema-mundo

Para hacer más clara mi exposición, hago un comentario sobre mi enfoque: resumiré y pondré al día el análisis utilizado en las cincuenta tesis presentes en la introducción a mi estudio *Du retour du religieux* (Tosel, 2011). La dificultad teórica del análisis crítico de la globalización es aprehender el concepto de “lo global” sin recaer en el concepto de “lo internacional”. Son demasiados los enfoques que suponen que lo global es un nivel que absorbe y mezcla los otros niveles, reduciendo el complejo juego de escalas entre estos a una relación externa entre dos elementos, sin hacer frente a la cuestión de la relación entre ellos. En consecuencia, en lo que concierne a la evolución de los estados-nación, resulta tentador concluir que están tendiendo a desaparecer, de acuerdo con la noción de Imperio. En su famoso libro del mismo nombre, Antonio Negri y Michael Hardt vuelven a esta noción puntualizando que la globalización es en el fondo un Imperio Mundial, único, capitalista y beligerante, que es a la vez la cima de una pirámide que corona los demás niveles y el contenedor de esos niveles, a los cuales reduce. Esta visión tuvo el mérito de dar un panorama rico, nuevo y general, y de abrir un espacio a una perspectiva crítica al postular que este Imperio contenía, y al mismo tiempo reprimía, la posibilidad de una transformación revolucionaria al producir multitudes llamadas a dominar el capital. Sin embargo, esta perspectiva es de hecho utópica: idealiza lo global como el final de un proceso histórico visto a través de la lente de una suerte de nueva filosofía universal de la historia, convirtiendo a esas multitudes en el equivalente del desarrollo necesario de las fuerzas de producción propio del marxismo vulgar. El problema, sin embargo, radica en concebir correctamente la interacción de niveles que obliga a los procesos transnacionales –que se hacen cargo de la estructura de las redes transfronterizas, quitan a los gobiernos su anterior margen de acción económica y despojan de forma más o menos completa a las poblaciones de su soberanía económica, social y política– a salir a la luz y manifestarse en niveles locales, nacionales o internacionales. Como ejemplo de estos niveles “locales” podríamos nombrar las ciudades globales (de las que hay aproximadamente 40 en todo el mundo) que resultan decisivas para las transacciones comerciales, las operaciones financieras, las industrias con alto valor agregado, los circuitos comunicacionales, la producción de conocimiento, la vida cultural y, por supuesto, el liderazgo político

efectivo asumido por distintas instituciones *ad hoc*. Como ejemplo de las redes que atraviesan a estas ciudades y las integran como nodos esenciales, podemos señalar las complejas redes digitales que gravitan en torno a la Unión Europea, que no es ni un estado ni una federación, sino una entidad compuesta. Carente de legitimidad democrática, esta entidad condena a los Estados miembros a sufrir sus políticas ciegas y destructivas, y sanciona el dominio de los países más fuertes al mismo tiempo que sostiene a las corporaciones y bancos más poderosos. Estas redes integran diversas instituciones electas o cooptadas, lobbies organizados, agencias de clasificación, bolsas de valores, organizaciones financieras privadas o grupos de presión, información electrónica y sistemas de gestión. Estos se nutren a su vez de un ejército parasitario de expertos más o menos competentes con elegantes sinecuras, agentes de una autoridad desprovista de cualquier control.

Es allí donde este juego interno tiene lugar, el lugar en el que lo global, complejo y reticulado, desarrolla incesantemente sus políticas y las impone a los demás niveles. Estos se ven obligados a inscribir aquellas políticas en su propia textualidad. En consecuencia, una fábrica establecida en un territorio particular es manejada como un peón. Desde el punto de vista económico, los diversos niveles de las empresas –local, regional, nacional, internacional y transnacional– están sujetos a imperativos que condicionan su supervivencia, tales como la necesidad de aumentar sus márgenes de ganancia a 15%, bajo la amenaza de desaparición de una fábrica. La viabilidad técnica de una planta a nivel local, la calidad internacional de habilidades de su personal, su rentabilidad a nivel nacional –nada de esto es suficiente ya para garantizar su permanencia.

Es imposible privilegiar un enfoque estrictamente local, regional, nacional, internacional o abstractamente global como si estos niveles simplemente se sumaran unos a otros. Al contrario, se condicionan unos a otros en sus núcleos; se reflejan y refractan entre sí, se superponen y chocan a la vez. Sería necesario desarrollar las categorías de estas interacciones, que implican a la vez sobre y sub-determinación, inversiones y desinversiones, localizaciones, deslocalizaciones y relocalizaciones de empresas. Al día de hoy no existe un análisis concreto de la lógica de las formas de relaciones entre estos niveles.

Proponemos analizar el sistema-mundo contemporáneo de acuerdo a cuatro puntos de vista, que constituyen otros tantos factores, prácticas estructuradas alrededor de diversas transformaciones y relaciones (condicionamientos, determinaciones, oposiciones) que es necesario analizar de una manera precisa. Ensayaremos una aproximación.

El primer nivel es el económico. Está constituido por aquellas redes que adjudican el gobierno de la economía mundial al libre mercado y al régimen de competencia total. Sus unidades son las redes de corporaciones, bancos y las distintas organizaciones de experticia o consultoras, que obedecen al imperativo de la acumulación infinita al precio de una desigualdad creciente. Está diferenciado de acuerdo a la relación de fuerzas. Genera una jerarquía que se refunda a sí misma permanentemente, y que garantiza la primacía política. La economía se ha convertido en política, y la política tiende a ser reabsorbida por la economía capitalista. Se ha visto profundamente transformada por la extensión de las redes de comunicación, que son a un tiempo industrias de alto valor agregado, instrumentos de recolección de información sin precedentes y mecanismos de control de las poblaciones en tiempo real.

El segundo nivel es el jurídico y político. Está armado a partir de unidades

territoriales que tienen la forma de estados-nación y que están sufriendo un vasto proceso de desnacionalización. Este amplio fenómeno implica una transformación empíricamente observable de las personas y la erradicación de un principio jurídico fundamental: el de la soberanía popular concebida como soberanía nacional. La propia democracia representativa, que ya fue reducida a ser un principado oligárquico que expropia a los ciudadanos de cualquier poder efectivo, corre peligro de ser deconstruida en beneficio de armados burocráticos y autoritarios inmunes a cualquier supervisión pública.

Estos dos factores se caracterizan por el despliegue sin precedentes de una considerable violencia objetiva: la reducción de trabajadores y empleados al estatus de objeto-objeto. Los trabajadores, que habían logrado ser reconocidos al nivel de la ley y de la práctica efectiva como sujetos que, aún prestándose a ser tratados como objetos o instrumentos, no dejaban de ser sujetos, están ahora, tanto a nivel laboral como cotidiano, a merced de procesos que los vuelven objetos que se manipulan a sí mismos para producir otros objetos, y para producirse a la vez a sí mismos como objetos –en suma, se han convertido en objeto-objetos. El incremento de las desigualdades y la precarización está transformando a los otrora asalariados en un precariado, con el subsiguiente desarrollo de poblaciones descartables, la desindustrialización de los antiguos estados, los desastres ecológicos y un horizonte de guerras ecológicas.

El tercer factor es el factor social, aquel de la división social y sus transformaciones. En este sentido hay novedades importantes. Por un lado, la tradicional clase burguesa dominante ha desaparecido, dando lugar a una casta transnacional que quiere ser cosmopolita pero que interpreta el principio moderno de libertad igualitaria como un imperativo para el ejercicio exclusivo de una libertad absoluta, y que, sobre todas las cosas, persigue el “goce del excedente” del dinero. El mundo se reduce para ellos a comercio y negocios. Esta casta necesita contener los conflictos nacidos de la competencia, pero mantiene siempre una guerra de clase contra el trabajo, y se inmuniza al ocupar el estado para desviar sus funciones sociales hacia una lógica emprendedurista regida por la competencia, un estado desnacionalizado. Por otro lado, el núcleo de la clase trabajadora de tipo fordista ha sido diezmada, aumentando la cantidad de múltiples estratos sociales desamparados y de una masa diversa de subalternos que resisten –trabajadores y empleados, desempleados o no, inmigrantes y nativos, etc. Sin embargo, esta resistencia es incapaz por ahora de pagar el precio de la derrota histórica que, bajo los auspicios del neoliberalismo, la globalización y la financierización del capital asestó al socialismo, al comunismo e incluso al republicanismo socialista. La resistencia está atomizada por diferencias que remiten a identidades filiatorias.

El cuarto factor es el cultural, el ideológico/técnico-científico. Aquí es donde las ciencias, artes, tecnologías, éticas y filosofías confrontan entre sí, donde se desarrolla la compleja diversidad de ideologías y representaciones, de conocimientos y reflexiones, de concepciones del mundo y de religiones. Está estructurada por grandes aparatos ideológicos que constituyen el sistema nervioso de la vida cotidiana: escuelas y universidades, medios e instituciones culturales penetradas por la concepción neoliberal dominante, que se encuentra actualmente en abierta crisis y que está movilizando tecnologías y revolucionando nuestra manera de ver y de pensar. Filosóficamente hablando, somos testigos en este momento de varios intentos de reflexionar sobre la globalización por parte de

políticos, líderes económicos e intelectuales especializados. Estos intentos conllevan una interrogación a los universalismos históricos y las particularidades sociales y culturales en conflicto. Es aquí donde la hegemonía mundial de la concepción de mundo neoliberal está siendo puesta a prueba y llegando a un punto en que sus límites se hacen evidentes. La confrontación es particularmente aguda debido a la emergencia de sociedades multiculturales, que ponen en cuestión la concepción del mundo occidental y sus principales valores: productivismo, consumismo, individualismo, la versión imperialista de los derechos del hombre y el desprecio por la naturaleza en nombre de su dominación por los seres humanos. Este es el nivel en el que se da la coexistencia cotidiana y la comunicación entre grupos y concepciones del mundo. El asunto central es la creación de un espacio público para la discusión, la confrontación y la definición acerca de lo que es común.

En el corazón de estos dos factores ha surgido una violencia subjetiva sin precedentes, vinculada a las relaciones entre etnias y personas, entre religiones y visiones del mundo, entre mayorías y minorías. Estas relaciones conciernen a la existencia de comunidades, de procesos de socialización concreta y de las imágenes que le dan forma a la individuación con las cuales se realiza la diferenciación étnico-cultural. Se conectan con el fenómeno migratorio, cuya amplitud real es limitada pero ya irreversible. La racialización del Otro, el miedo al extranjero, impide la creación de un universalismo cultural concreto y genera una ideología de guerra entre los poderes que manipulan estos antagonismos.

Estos cuatro factores deben ser vistos en sus aleaciones y combinaciones dentro del salvaje proceso de urbanización del mundo. Lo global es lo global urbano. La ciudad global es el indicador de estos fenómenos. Estructuras discriminatorias, la creación de espacios hegemónicos al lado de zonas marginalizadas y abandonadas, la organización de flujos que las atraviesan de manera desigual (transporte, comunicación, capital, bienes) la hace un concentrado del Mundo y del Capitalismo-Monstruo. La ciudad global es una de las monstruosidades más terribles de la globalización. Aquí es donde ocurre de una manera cruelmente visible la división entre aquellos a quienes el sistema hace vivir más allá de sus necesidades, endosándolos con el poder relativo de ser la causa de su propia existencia, y aquellos a quienes el sistema deja morir al expropiarles de toda capacidad de ser causas relativas de su propia existencia. Decimos “relativas” porque el poder de ser la causa de la propia existencia nunca es total sino que siempre está condicionado por causas externas que afectan a disposiciones internas. La globalización tiende a reducir este poder al mínimo, para las masas subalternas, y a elevarlo al máximo, en las nuevas castas dominantes.

Pero detengámonos aquí. Es imposible ser exhaustivo, y sería presuntuoso presentar una enciclopedia como resumen de todo el conocimiento de la globalización capitalista. En lugar de ello intentaremos clarificar algunos puntos pertinentes.

¿Qué mundo hoy para mañana? ¿Qué escenarios posibles?

Intentemos finalizar esta reflexión con algunas perspectivas del futuro pensables hoy, con algunos escenarios posibles. Las tomamos prestadas de la obra del historiador y teórico de los sistemas-mundo, Immanuel Wallerstein (2004). Allí

encontramos la noción de transición hegemónica en suspenso. Una transición sistémica de este tipo, de acuerdo con Wallerstein, fue la que siguió a una fase de expansión material de la producción y el comercio en la que la acumulación operó principalmente sobre la base de inversiones en la cadena de mercancías (capital, bienes, servicios). En una etapa posterior asoma una fase de expansión financiera, una fase de creación y de circulación de la masa monetaria. En este contexto resulta más rentable colocar los capitales y hacerlos crecer por medio de la especulación, manteniendo el control sobre su liquidez. Los sistemas políticos se ven obligados, en consecuencia, a transformar sus modos de gobernabilidad. Necesitan hacer concesiones sociales y económicas, incluso políticas y culturales, para conseguir el poder necesario para su reproducción, con el objeto de obtener un mayor consenso e imponer la lógica del financiamiento, atrayendo al capital y neutralizando los conflictos sociales. Esto implicó crear un ambiente competitivo más eficiente. Los poderes centrales en el sistema entran en un desequilibrio competitivo y sufren el peso de los servicios de la deuda.

La redistribución del excedente ha operado en función de las relaciones de fuerza donde el objetivo de la sumisión de los asalariados implica una desregulación permanente y una deslocalización de la fuerza de trabajo. *La cruzada histórica por reducir el coste de la fuerza de trabajo está llegando a un punto de no retorno* porque los espacios para la deslocalización han sido agotados con la desruralización del sistema-mundo y el dominio de lo urbano. Por otro lado, las nuevas clases dominantes no pueden ya, como podían antes de los 1970s, externalizar tres tipos de costos: la gestión de desechos tóxicos, la renovación de materiales crudos primarios y la construcción de infraestructura. La aparición de la cuestión ecológica ha hecho difícil, por razones de salud pública, disponer de los desechos en el dominio público. También ha hecho evidente que la renovación de los recursos está llegando a sus límites, un problema exacerbado por el aumento de la población mundial. Por último, si los estados siempre han asumido el costo de la infraestructura mientras las empresas solventaban sólo una pequeña parte, estos costos están aumentando de manera tal que ya no pueden seguir siendo impunemente una obligación exclusiva de los estados. Con la extensión de la actividad económica global los costos aumentan, y para hacerse cargo de sus gastos los estados deberían aumentar la presión fiscal sobre las corporaciones.

Esta presión fiscal había crecido hasta los 1970s debido a la presión de movimientos que demandaron y obtuvieron garantías básicas (educación, cobertura de salud y pensiones) a veces incluyéndolas como parte de los salarios y defendiéndolas consistentemente como elementos del salario. El neoliberalismo, en su ofensiva contra la caída de la rentabilidad, apuntó a la deconstrucción del estado de bienestar. El capital es insaciable en este punto y ha sido capaz de dejar caer su máscara y revelarse como un monstruo. Sin embargo, esto (¿todavía?) no significa la destrucción total de los servicios sociales. Es necesario mantener un mínimo de servicios para evitar un caos social debido al empobrecimiento explosivo de las clases subalternas. La respuesta del capital al aumento de estos costos que debe soportar a través de la presión fiscal no ha llegado todavía al nivel de destrucción total, y en algunos países los reclamos de esta clase por parte de las clases subalternas son nuevos (China, Brasil e India). La expansión del consumo, o más bien la producción del consumo, sostenido por la colosal deuda pública y privada, ha hecho posible diferir el peso de estos costos, pero los mismos han aumentado en cuanto tales, y no desaparecerán. *La transición a la financiarización*

salvaje –con sus extraordinarias burbujas especulativas– *fue una nueva respuesta* a este problema. Los bancos han financiado préstamos privados incobrables, obligando a los estados a pagar su fianza bajo amenaza de un caos general, un crack financiero. Los estados, a su vez, debieron endeudarse para hacer frente a este conjunto de obligaciones, y entonces las redes financieras más importantes les demandaron que, como condición para el reembolso, siguieran políticas de austeridad en contra de las clases medias y desamparadas. Estas políticas se asientan sobre la atomización de las realidades nacionales de aquellos países en los que hay un alto nivel de desempleo y desindustrialización. Esos estados no pueden reproducirse a sí mismos como estados con la homogeneidad de una nación; se están fragmentando, disolviéndose efectivamente en conflictos que destruyen su identidad bajo la influencia de estados foráneos que buscan tenerlos como aliados o sirvientes en sus políticas de poder. Estas políticas debilitan la intervención del estado-nación y agudizan las desigualdades entre estados y redes corporativas. En 2008 se desató una grave crisis estructural. *El sistema fue testigo de fluctuaciones cada vez más amplias que lo alejan progresivamente de un equilibrio dinámico.* En respuesta, las movilizaciones sociales se han multiplicado, y, lo que es más importante, se han vuelto capaces de alcanzar un impacto importante y de crear una situación caótica. La nueva casta gobernante logra consensos con más facilidad frente a clases o grupos amplios que han perdido todo sentido de alternativa política o social, y que, a falta de algo mejor, se someten. Los conflictos sociales se mezclan con conflictos identitarios, que se consideran como factores determinantes, aún cuando busquen objetivos distintos a los estrictamente identitarios. La confusión se expande, y cada bloque logra hacer valer distintos aspectos de resistencia pero permanece incapaz de coordinarse internamente y de construir alianzas unificadas alrededor de objetivos claros y movilizados que aseguren una transición hegemónica. Las revoluciones en las zonas islámicas de Medio Oriente son ejemplos de este caos en el cual se les hace difícil a los grandes poderes incluso identificar qué bloque interno les conviene apoyar.

La crisis puede continuar y agudizarse de manera dramática debido a este caos en el cual los bloques están compelidos a actuar y a definir sus objetivos mientras reúnen a su alrededor a las fuerzas aliadas. Si el sistema llega a un límite en el que se plantee una encrucijada, cada campo se encontrará dividido sobre la estrategia a adoptar. Sigamos aquí a Wallerstein (2004). Este autor identifica la encrucijada surgida en el corto plazo como una opción entre lo que él llama el espíritu de Davos y el espíritu de Porto Alegre. Se refería a dos famosos foros internacionales. Durante años el foro de Davos reunió a la crema de los CEOs de las grandes corporaciones y bancos transnacionales, de aquellos a cargo de órganos internacionales, expertos privados, políticos de alto nivel e intelectuales oficiales reconocidos. Defiende la globalización capitalista y lidia con los problemas que la misma enfrenta en el marco de una perspectiva exclusivamente de mercado, un espíritu de liberalización, de financiarización de las economías y actividades y de una ilimitada conversión de los bienes en mercancías. El Foro Social Mundial de Porto Alegre, Brasil, fue el primero de una serie de foros globales alternativos. A partir de entonces el espíritu de Davos lidia con las contradicciones que estructuran el sistema-mundo por oposición al neoliberalismo. El espíritu de Porto Alegre se propone encontrar oportunidades para la resistencia dentro de esas contradicciones, agravadas por fluctuaciones brutales en todas las esferas

institucionales. *Sin embargo, sería simplista creer que la encrucijada es tan simple y que se divide meramente en dos caminos.* De hecho, cada camino se divide a su vez en dos cuando se atiende a la cuestión de saber qué clase de orden reemplazará a este sistema, teniendo en cuenta que la cuestión no puede ser ya la recuperación de la senda anterior de crecimiento, como si nada hubiese pasado. El alcance de las fluctuaciones en relación con un estado de equilibrio es demasiado grande para este estado –el de crecimiento infinito sustentado en la compresión *ad infinitum* de la fuerza laboral y de las materias primas. Es difícil imaginar que el nivel de vida de los países más desarrollados y su modo de existencia pueda ser extendido a otros países sin generar caos, sin llevar a cabo una violencia atroz, sin perpetrar un barbarismo insoportable sobre todo el resto y sin que el modo de producción devenga en un modo de autodestrucción.

Hay por lo tanto dos campos, cada uno con dos opciones, lo que significa cuatro escenarios.

El campo de Davos está sopesando dos opciones, cuya elección dependerá del ciclo económico.

Los neoliberales duros partidarios del sistema mundo tienen enormes medios a su alcance y pueden elegir entre seguir desarrollando un sistema muy represivo que eventualmente tendría que liquidar el proceso democrático y reforzar la jerarquización. Necesitan una base popular que sólo puede ser movilizadora tomando prestados elementos identitarios de los nacionalismos y racismos que la política neoliberal intenta paradójicamente subsumir bajo el universal abstracto del *homo oeconomicus*. El camino político a seguir por esta facción del bloque de Davos es la de un populismo autoritario neoliberal cuyo objetivo es hacer añicos a la oposición, e ir incluso más lejos, apoyando una suerte de feudalismo populista dejando de lado el principado democrático.

Junto a ellos, un segundo grupo elige mantener los privilegios inscritos en el sistema-mundo desarrollando *un régimen meritocrático riguroso y exclusivo que haga uso del régimen democrático* para cooptar a una masa de cuadros indispensables dedicados al sistema. Esto requiere a su vez un enorme esfuerzo en retórica y persuasión, con un mínimo de fuerza bruta, para darle de un aire renovado a los dogmas. Necesitarán asimilar y capturar el lenguaje de los movimientos anti-sistema –que surgieron de luchas laborales e independentistas– en el sentido de un libertarismo relativo de costumbres, un ecologismo “verde-manzana” y un multiculturalismo utópico. Todos los sujetos deberán aspirar entonces a mejorar su posición en el marco de un sistema meritocrático, que necesita ser suficientemente seductor para tornar aceptable un sistema desigual y polarizado.

El campo de Porto Alegre no está más unido que el de Davos, y exhibe una fractura similar:

Por un lado, está *el grupo de aquellos que avizoran un mundo descentralizado que abandonaría el mito de crecimiento económico infinito* y propugnan el racionamiento de los recursos en el largo plazo, es decir, una transformación ecológica. Desplegarían una distribución de la riqueza para reducir las desigualdades monstruosas. Este grupo entiende que el mundo no puede vivir de acuerdo a un modo de producción y de consumo que permite a un mínimo porcentaje de la población y de los estados disfrutar de un modo de existencia que destruye las oportunidades de las mayorías. Cifra sus esperanzas en la innovación tecnológica y reevalúa de forma crítica los distintos saberes que componen la

racionalidad instrumental occidental, tan cara a Weber e incluso demasiado estimada por Marx, desacreditada como la única versión posible de racionalidad económica. La innovación tecnológica no puede descartarse sin más en nombre de la tecnofobia, ni tampoco puede ser rechazada identificándola simplemente con la racionalidad instrumental. Es la racionalidad occidental la que debe ser repensada, integrando puntos de vista que deriven de las tradiciones de sabiduría no-occidentales, que no están fundados en la falta de límites de los deseos, las que deben, por su parte, llegar a reconocer la plasticidad humana. El respeto por la diversidad de la humanidad pasada y futura, por sus creaciones culturales, es un recurso para el cambio que debe ser aprovechado. Un proceso democrático surgido desde las raíces es la forma política requerida para la transición hegemónica. Sería un eco-socialismo, incluso un eco-comunismo, o aún incluso un eco-anarquismo que constituiría un universalismo concreto que respete las diferencias.

Por el otro lado, hay un grupo que, atado a lo más clásico de los movimientos anti-sistema, está resucitando la idea de una transformación desde arriba, al nivel del estado, una implementación por cuadros y expertos capaces de pensar de forma sistémica. La idea de un estado mundial constituye el horizonte en un sistema que se vería progresivamente coordinado e integrado, gobernado por un igualitarismo formal que no espera nada de innovaciones impredecibles. Este grupo considera que la idea de un universalismo concreto, plural, no es más que una pura hipótesis y todavía piensa que la nación es el lugar para la lucha contra el trasfondo de un universalismo formal.

La batalla por la transición hegemónica se desarrolla entonces en un contexto de confusión y de choque entre cuatro frentes. Esto complejiza la oposición entre los dos campos al permitir cierta contaminación cruzada entre las facciones, pero también impide cualquier predicción respecto a la configuración del nuevo sistema. Es imposible predecir el resultado, debido a que la contingencia histórica hace que incluso las mayores probabilidades no sean inevitables. El peor escenario no es una certeza, como tampoco lo es el mejor. Una indeterminación radical pesa sobre el futuro, incluso si las probabilidades de una catástrofe se han incrementado últimamente. En todo caso, todos los indicadores presentes están en rojo y apuntan a una encrucijada en la que la elección es más urgente todavía, debido a la irreversible crisis ecológica que nos recuerda la imposibilidad, o mejor el enorme riesgo, de continuar indefinidamente con esta falta de moderación. Nos invitan a *ejercer control sobre la maleabilidad humana a través de un régimen de finitud positiva*, de producción de una sociabilidad que deje de ser asocial y absurda. Esto podría ser llamado prudencia o sabiduría. En el corto plazo, lo que supondría un paso en la dirección correcta, sería una victoria electoral importante de aquellos a quienes el sistema ha reducido a un nivel mínimo, seguida de un mejoramiento real para ellos, una mayor protección de los derechos económicos, políticos y culturales de todos, acompañada de una lucha contra la erosión de la riqueza del planeta y un control riguroso de lo financiero. Esto haría posible avizorar la llegada de un nuevo sistema mundial.

Piensa bien en una alternativa y comprométete con ella

El mérito del análisis del sistema-mundo está claro: nos permite, al menos,

ver; revela el estado de cosas de un mundo monstruoso a un contingente creciente de hombres y mujeres en todas partes. Hoy día hay más personas en condiciones de participar en estos debates y de elegir entre los caminos de una encrucijada que se ha vuelto visible. *Hemos llegado al punto en que se presenta la opción intelectual de “o bien... o bien”*. O bien decir que *sí* a la hegemonía del mercado y sus desastres humanitarios, a las relaciones de fuerza antidemocráticas que se ha quitado la máscara o que todavía están ocultas, a guerras sociales o étnicas, a la carrera armamentística y la degradación de la tierra. O bien decir que *no*: no a todo esto y *sí* a una sociabilidad tramada de confianza compartida, sin explotación; *sí* a la solución más democrática posible a los conflictos y desacuerdos, *sí* a la cooperación y al restablecimiento de relaciones con la naturaleza que permiten la supervivencia de todos y la posibilidad expandida de una buena vida.